

tiempo considerado, unido a la disminución de precipitaciones que han limitado las aportaciones hídricas a la Unidad, tanto por lluvia útil como por infiltración de las aguas superficiales procedentes de los ríos Jardín y Lezuza (figs. 18 y 19). Además de estos motivos influyen otros, tales como la desigual distribución de las captaciones, alcanzándose densidades muy grandes en unas zonas y escasas en otras, lo que agrava en exceso el problema, de tal manera que se producen descensos muy acusados del nivel de agua provocando, lógicamente, una gran merma de las reservas que según ARAGONÉS y al. (1989) fue, de 1974 al 1986, de 3.000 Hm<sup>3</sup>, de los que sólo una tercera parte fueron inducidos por la explotación de aguas subterráneas, debiéndose el resto al carácter seco del período por ellos considerado.

Cabe señalar aquí situaciones límite acaecidas en las zonas de Herrera y Tinajeros, donde, desde hace varios años, se han abandonado algunos sondeos debido al acusado descenso de niveles, con las consiguientes pérdidas económicas que ello supone. Existen otras zonas donde ya es patente la sobreexplotación, tales como El Salobral, Carcelén y Santa Marta, sin olvidar la tendencia descendente de todas las del resto.

El segundo tramo es diferente y algo más esperanzador, ocasionado tal comportamiento por la generosa y anormal pluviosidad registrada durante los últimos tres años en la comarca que nos ocupa. En ésta se observa, casi de forma generalizada, una estabilización (a veces recuperación relativa) de los niveles piezométricos, salvo en la zona 10 (La Gineta-Minaya), donde el acuífero calcáreo de facies Pontiene continúa prácticamente acusando el mismo comportamiento descendente que en el primer tramo. Otras zonas como las 3, 5, 6 y 7 muestran un descenso de menor gradiente que en años anteriores, sin olvidar que tal respuesta puede ser coyuntural y no albergar falsas esperanzas ante las enormes demandas de agua subterránea existentes en las zonas citadas.

Otro de los efectos de la sobreexplotación es la disminución de caudal drenado por el río Júcar en el tramo Embalse de Alarcón-Jarafuel, que ha pasado de más de 11 m<sup>3</sup>/seg, en 1975, a 5,2 m<sup>3</sup>/seg, en 1989 (fig. 16). Según ARAGONÉS y al. (1989), la "detracción acumulada sobre los caudales del río fue de 360 Hm<sup>3</sup>", de 1974 a 1986.

El mismo comportamiento se ha observado en diversos manantiales. Así, los del sector Alpera-Ayora han evolucionado en su conjunto, durante el primer tramo considerado, con claro descenso hasta el 50%; concretamente la fuente de Alpera, que en 1972 tenía un caudal de 230 l/seg ha descendido a 60 l/seg en 1987. Sin embargo a partir de ese año se ha recuperado parcialmente, alcanzando los 110 l/s de media en los últimos tres años (1988 a 1990). Los manantiales del sector Hellín-Tobarra-Albatana han descendido de 1.100 l/seg (en su conjunto) en 1980 hasta 400 l/seg en 1987, llegando incluso a secarse varios de ellos (Las Mercedes, Polope-Villegas, El Borbotón y Puente Escribano). La generosa pluviometría de los años 1987 a 1990 ha incrementado el caudal de los mismos en un 30%; sin embargo siguen sin emerger algunos manantiales como los de Polope, El Borbotón, Puente Escribano y Villegas (VI-1990).